

863
R.

PG 6633
.U34
D3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Desde el Molino

I

Artistas catalanes en París

Si existiera y anduviera por la tierra y, andando, llegara hasta París el gran loco de Cervantes, lo primero que vería sería un molino que en lo alto de Montmartre yergue sus aspás sobre la nota gris, y de seguro que hacia él dirigiría sus pasos en busca de extrañas aventuras.

No podría darse cuenta del papel que representa aquella máquina con alas descarnadas, extendiendo su esqueleto entre las chimeneas, ni podría explicarse cómo en el mismo corazón de ciudad tan moderna se levanta soberbio tan inútil armatoste.

A los artistas, á esos seres que al son de su imaginación mueven sus pasos; á esos hombres que, como dice Macaulay, se hallan colocados entre la razón y la locura, también les atrae de un modo poderoso ese molino solitario sobre una gran ciudad encumbrado; también les habla de extraña manera esta máquina fantástica, y cuando se alejan de sus alas se encuentran sin poder volar y sienten la nostalgia de un algo que no se explican.

Este algo extraordinario que se siente y no se explica, al subir por los callejones estrechos de Mont-

martre, también lo sentimos nosotros, y, al llegar á la cumbre del cerro, hicimos como aquellas hormigas que suben á lo alto de las ermitas, esto es, nos detuvimos.

En la misma casa del molino encontramos un piso por alquilar, ¡que todo se alquila en este mundo! y sin intervención de notario ni otras formalidades lo alquilamos, tomando posesión sin pérdida de tiempo é instalándonos en él parte de la colaboración de LA VANGUARDIA, representada humildemente.

La casa no es muy grande, pero cabemos en ella, y aún aben los muebles que nos acompañan. Caben las camas y caben tres sillas que compramos allá en la feria del *boulevard*, y que si la casualidad no quiso que fueran de la misma forma todas, han de servir y servirán para el uso de sentarnos, que es de lo que se trata; cabe una mesa que no es de pintado pino, pero sobre la cual lanza, como en la del poeta, melancólica luz un quinqué de petróleo; cabe un reloj de caja con *dormidor* que llama al sueño con su compás monótono, y despertador que grita á campanillazo limpio hasta que le detienen su voz provocadora; y cabe, por fin, un armonium de alquiler que, más que cantar, se queja, con su voz de acordeón, de sentirse maltratado en este mundo por manos que no comprenden sus ocho registros, que no responden á nada ni á nadie, bautizados con *voz celeste* uno de ellos, cuyo nombre es una inmensa blasfemia; *expresivo* otro, de cuya expresión siempre hemos dudado, y *trémolo* el último por el temblor que causa su voz á los pocos vecinos que anidan en estas olímpicas alturas.

Son éstas pacíficas; la buena gente!, y de buen natural.

A un lado no los hay, porque no hay casas ni viviendas. Sólo habita en un barracón una ternera enferma, con un médico y un ordenanza, á los cuales les vienen á buscar todas las mañanas, con un coche á propósito, para ir á vacunar á domicilio. Salen, cierran la puerta y no vuelven hasta la noche, siempre la ternera enferma y siempre el médico y el ordenanza vigilándola.

Pero si por un lado no hay bullicio, no deja de haberlo por el otro. En un gran local, fundado en el año de gracia de mil doscientos noventa, se baila todos los domingos y días intermedios.

Desde las danzas guerreras del siglo trece hasta el minuet barroco, bajo este techo la humanidad ha bailado todo lo que hay que bailar, y seiscientos años de bailoteo son años suficientes para estar cansados los parroquianos que se han ido sucediendo en inacabables generaciones.

Este cansancio no ha llegado todavía, sin embargo; lo que si por una parte perjudicó nuestro modesto armonium, porque los desacordes de aquella orquesta lo ahogan, por otro lado, la luz eléctrica, que hay á la entrada del baile, nos ahorra de encender aquel quinqué de que hablamos antes, pues los potentes rayos de luz inundan nuestros salones de una tan blanca claridad, que sólo es comparable á diez lunas puestas de acuerdo para alejar las tinieblas con que la noche nos abruma y perjudica.

Además de esta casa y este variado vecindario, tenemos á nuestra disposición un jardín que, más que grande, es poderoso.

Y digo poderoso, y no me arredro al decirlo, porque tiene el poder de servir de cementerio á toda planta que se atreva á brotar en su mortífero suelo.

Las acacias, esos árboles ya de sí enfermizos, tienen aquí la palidez de la muerte pintada en las pocas hojas que sostienen por milagro, y sus ramas se inclinan hacia el lado del sol, que en vano aguardan días y más días; la yedra cae desmayada y alarga los dedos, no pudiéndose sostener ya por más tiempo en el muro; las enredaderas, que intentan subirse á las altas ventanas, se enredan por el suelo y no tienen fuerza para elevar el tallo ni savia para alimentarse; la humedad despinta las pocas flores que tienen vida, y crecen blancas y anémicas como flores de papel desteñidas; la parra se muere entre la duda de dar fruto ó dar follaje; y holladas en invierno por el frío las plantas todas, y por la planta humana en verano, no pueden con su cuerpo y viven tísicas y mueren desangradas en este jardín regado con cerveza.

Porque este patio, ó parque, ó lo que sea, ahora abandonado, es punto de recreo y solaz, apenas asoma la primavera.

Todo está dispuesto para entonces; todo yace bajo funda para esperar el buen tiempo. Los caballos de madera están quietos y abrigados, formando su semicírculo, aguardando aquellas vueltas y aquel mareo; el organillo central duerme callado, y sólo de vez en cuando le hacen cantar su repertorio, á fin de que el hollín no entre en sus pulmones y la voz no se aleje de sus flautas; el tiro de pistola está sin armamento; la báscula, desmontada; el teatro de fanticos, con la decoración de fondo,

y los títeres durmiendo en un cajón, para despertar más tarde y emprenderla de nuevo á garrotazos contra el demonio y la muerte; la gran pajarera, desierta, con sólo un triste mochuelo, haciendo de guardián de invierno, medio abandonado en aquella casa grande y abandonado del todo á sus eternas filosofías; los trapecios atados con cadenas y los globos de gas apagados y esparcidos con su blanquísimo mate destacándose sobre el fondo gris del muro, sobre el verde pálido de las cercas y sobre la augusta silueta del molino que, como alerta centinela, domina la gran ciudad y es la batuta que dirige aquella colosal orquesta.

Cuando se extiende la niebla desde el Sena hasta la cumbre de Montmartre, el molino señala quietud, pliega sus alas y se le ve vagamente mustio y cabizbajo; cuando la tempestad estalla, agita frenéticos sus brazos y da el grito de alarma con sus airados movimientos; cuando el sol vence á las nieblas, la primavera se presenta radiante y llama al hombre al trabajo con su vainén de diana y se pliega al descanso, al caer de la tarde.

El molino no sólo es el centinela del barrio, sino el centinela del mundo.

Por él pasa el meridiano. Por su cúspide atraviesa ese meridiano de París, que consultan á todas horas del día los geógrafos de la tierra, y á todas horas de la noche los astrónomos que estudian otros mundos y que miden y recuerdan en el mar los errantes marineros como un faro desconocido, como un mito grandioso, sin poderse figurar que esa imagen matemática, que es como una oración para ellos, tiene su santuario en un pobre molino, negro, apolillado.

y de melancólica silueta, que se sostiene por milagro allá en las cimas de Montmartre.

Los artistas le llaman familiarmente el *Moulin de la Galette*, que significa dinero; y como el dinero no abunda en el barrio, el molino es la casa de préstamos imaginaria, la caja de socorro del artista.

Al que quiere convertir el arte en mercancía (según una leyenda), que no busque su protección: el molino le enreda en sus largas astas, le ata de pies y manos como una telaraña, y, empezando á dar vueltas vertiginosas, le marea hasta lanzarle en el campo del olvido; pero á los devotos del arte, á los que acuden á su templo á pedir inspiración, que es la fortuna que presta, con estos (repite la leyenda), con estos es generoso y compasivo.

Pero el vago atractivo del molino es su historia envuelta en aureola; son sus seis siglos que se mueven, que viven y palpitan en sus astas descuartizadas; seis siglos de gloriosa tradición artística; seis siglos en el curso de los cuales los pintores han vivido bajo sus alas de carcomida madera y no inútilmente pasó por aquí el aire del arte, porque dejó imperecedero encanto para el que siente y ama su misterioso perfume.

Este encanto y este vago ensueño de gloria es el que puebla los numerosos talleres del cerro de Montmartre; por este no sé qué inexplicable se libra esta batalla lenta y tenaz de la lucha por el arte; y las alas de este molino son las que ayudan á volar el espíritu de esa legión de seres que aquí tienen su campamento.

Por todas las calles del barrio asoman grandes ventanales, y allí centenares, miles de obreros del

arte trabajan sin descanso aprovechando hasta el último rayo de claridad de la tarde; y luego á la luz del quinqué continúan luchando, luchando sin descanso en la brega nerviosa de detener la silueta que se escapa, la luz que se va y el color que se transforma, vibra y cambia á cada instante.

Algunos, los menos, llegan á alcanzarla; esta gloria tan deseada!, y no son felices tampoco, y entonces se despiden del molino, y su fama y su renombre vuela por el mundo; otros no pasan nunca de pobres *molineros*, y viven modestamente de su arte; y los más pasan la vida llenos de privaciones y desengaños: la fortuna huye de su lado, el molino no vuela para ellos y mueren ignorados del mundo, y encuentran en la fosa común del cementerio, que se extiende más abajo, el sosiego que no lograron en vida.

Allí se eleva una cruz dedicada á los muertos desconocidos. ¡Cuántos artistas se cuentan entre ellos! ¡Qué monumento más justo sería el que se levantara á la memoria de los que murieron sin gloria, habiendo luchado por ella! ¡Cuántas sombras se encontrarían amigas bajo sus losas, que en el mundo de los vivos nunca se conocieron, viviendo de la misma fe!

Esta quimera nos asaltó la primera noche que dormimos á la sombra del molino.

Quizás debido á esto no pudimos pegar los ojos, ó quizás tuvo la culpa... ¡váyase á saber!... la influencia del meridiano que pasa y pesa sobre nosotros.